

CAPITULO VI.

Desde la muerte de César hasta el fin de la república. Segundo triunvirato (1).

(44-31.)

Bruto, como dijo Séneca, se había engañado gravemente, creyendo que la muerte de César haría revivir la república y la libertad. Apenas espiró este grande hombre á manos de sus asesinos, se encontraron otros con las mismas miras de dominacion. Antonio, Octavio y Lépido formaron un segundo triunvirato, que era una reproduccion del primero, con la sola diferencia que no se veía en estos últimos triunviros el genio que había brillado en sus predecesores. Bien considerado todo, Lépido no podía compararse á Craso, Octavio era mucho menos que César, y la reputación de Antonio no igualó jamás la de Pompeyo. Lépido desapareció de la escena ignominiosamente. En la lucha entre Antonio y Octavio no fue el mérito personal del jefe el que decidió la victoria. Octavio había heredado los bienes del César, pero no su valor ni su genio militar. El Occidente se encontró en conflicto con el Oriente, y por la fuerza de las cosas el Oriente, extenuado de molice y de corrupcion, sucumbió miserablemente. Octavio no reveló su mérito y sus talentos sino cuando llegó al soberano poder. Emprendió de nuevo la obra comenzada por César, y la concluyó con prudencia y bien. Sin buscar con cuidado un título vano, tuvo la destreza de fundar la monarquía arreglando la constitucion del imperio.

I. Desde la muerte de César hasta la formacion del segundo triunvirato (44-43).

Conducta de Antonio y de los conjurados. Antonio y los amigos del César huyeron y se ocultaron así que supieron la muerte del dictador. Los conjurados atravesaron el Foro mostrando sus espadas ensangrentadas, y subieron al Capitolio

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Suetonio, *Vida de Octavio*; Plutarco, *Vidas de Ciceron, de Bruto y de Antonio*; Ciceron, *Arengas y Cartas*; Dion Casio, Apiano; Velejo Patéculo, etc., etc.

gritando que habían librado al Estado del tirano. Se quedaron atónitos luego que vieron que la multitud estaba muda y consternada. Ciceron se unió á ellos, y se esforzó en sacarles de su inaccion, aconsejando al cónsul Dolabela convocase el senado. Bruto creyó obrar mejor tratando de atraerse el pueblo; pero su conducta y los discursos de Cinna, su amigo, irritaron á la plebe.

Estas disposiciones del pueblo devolvieron á Antonio la esperanza. Hizo que los veteranos se sublevaran por la mediación de Lépido, maestro de la caballería, y ocupó los papeles de César y el tesoro público. Él mismo reunió el senado, defendió los actos de César, y se opuso vivamente á que se vituperase su memoria, declarándole tirano de su patria. El día siguiente se presentó delante del pueblo y fingió una reconciliación universal. Casio cenó en su casa, y Bruto en la de Lépido. Despues propuso al senado una amnistía general, y pidió se señalasen provincias á Bruto y á Casio. El senado sancionó todas estas proposiciones tan ventajosas al partido republicano, y decretó además que serian conservados todos los actos de la dictadura de César. Se pensó que la guerra civil se alejaría, mas la política de Antonio no empleo todos estos medios sino para conseguir su objeto con mas seguridad.

César había dejado un testamento. Puesto que todos sus actos eran conservados, preciso era ejecutar sus últimas voluntades. En este testamento César adoptaba al jóven Octavio por su hijo, y hacia una infinidad de legados á sus herederos. El pueblo no había sido olvidado. El dictador le dejaba sus jardines á orillas del Tíber, y daba á cada ciudadano trescientos sestercios. Cuando Antonio hizo conocer cuáles habían sido las últimas disposiciones de aquel que llamaron tirano, hubo en toda la asamblea un estremecimiento de indignación contra sus asesinos. Pero fue mucho peor cuando vieron sobre la hoguera el cadáver sangriento del dictador. Antonio se colocó cerca del muerto para hacer el elogio de su vida. Ya había referido todos los honores que el senado le había dado, y comenzaba á reconvenir á sus asesinos por

la ingratitud con que habian pagado sus beneficios, cuando de repente arrancó la toga que cubria sus heridas y las mostró al pueblo. En el mismo instante, se coloca el cadáver sobre la hoguera, y el coro que le rodea canta este célebre verso: *Les he dado la vida, y ellos me han dado la muerte*. Al oír estas palabras, la multitud cree que el mismo César pide venganza. Entonces todos los espectadores cogen de la hoguera teas encendidas, corren á poner fuego á la curia donde ha sido inmolido, así como á todas las casas de los conjurados, y vienen despues á hacer su apoteosis. Todos los extranjeros, dice Suetonio, tomaron parte en el duelo público. Muchas veces dieron vuelta á la hoguera, marcando cada uno su desolacion á la manera de su pais. Los Judíos pasaron noches enteras al lado de sus cenizas.

Tiranía de Antonio. Muy luego se reconoció la justicia de este sentimiento universal. Antonio, despues de haber adulado al pueblo, se aproximó al senado, y se hizo dar una guardia de seis mil hombres. Seguro con el apoyo de este ejército, se puso á vender empleos y dignidades, mandos y provincias, y así adquirió una fortuna colosal. Se creó partidarios en todo el imperio, y en seguida despojó de su autoridad á Bruto y Casio. *Ha muerto el tirano*, decia Ciceron, *mas no la tiranía*.

Octavio, hijo adoptivo de César, vino á Roma en este intermedio para reclamar su sucesion. Era un jóven de diez y ocho años, débil y delicado, sin voz, á quien no se suponía genio ni valor. Antonio le recibió muy mal, y rehusó entregarle los bienes que César le habia dejado, bajo pretexto que sin él hubiera sido anulado el testamento. Durante algun tiempo Octavio se vió rechazado de todos. Sus parientes, sus consejeros, todos querían condenarle á la oscuridad; pero el pueblo estaba por él. Resolvió, á ejemplo de su padre, sacrificar todo lo que poseia, vender sus tierras y villas, en una palabra, arruinarse para comprar el poder soberano. Antonio le puso obstáculos en todas sus medidas; mas el pueblo, indignado de estas miserables persecuciones, se declaró mas vivamente por el hijo de César.

Ciceron, testigo de su popularidad, resolvió agregarle al partido del senado. *Es un jóven*, decia, *á quien es preciso alabar, cargar, colmar y abrumar de honores*. El consular preveía bien, y su política no faltaba de extension. Atacar á Antonio por medio de Octavio, era destruir al uno por medio del otro. Por eso así que Antonio marchó para arrojar de la Gália cisalpina á Décimo Bruto, el senado, por consejo de Ciceron, agregó Octavio á los cónsules Hirtio y Pansa para combatirle. Si es vencido, decia el orador, será un enemigo menós; si es victorioso, tendrá que responder delante del pueblo de una victoria obtenida en favor de uno de los asesinos de su padre. El jóven César no hizo sin duda todos estos cálculos. Se unió á los cónsules Hirtio y Pansa, y destruyó con ellos el ejército de Antonio cerca de Módena.

Formacion del segundo triunvirato. Despues de su derrota, le bastó á Antonio hacer un llamamiento á los antiguos amigos de César, y en breve se vió á la cabeza de un nuevo ejército. Habiéndose encontrado en frente de Lépido, le sobornó todas las tropas por el solo prestigio de su nombre. Esta defeccion fijó la incertidumbre de Lépido, y se unió á Antonio de una manera irrevocable. Por otra parte Octavio, á quien el senado habia desdeñado despues de la victoria de Módena, se vengó de sus indiferencias, volviendo á aparecer en Roma á la cabeza de un poderoso ejército y haciéndose dar el consulado. Esta nueva dignidad le elevaba á la altura de Antonio. Era dueño de Roma, tenia un ejército, era cónsul, y podia tratar con él como igual suyo. Lépido se interpuso para proporcionar una reconciliacion entre estos dos soberanos. Se reunieron cerca de Bolonia en una isla del pequeño rio Reno, y se decidió que el poder seria repartido entre un *triumvirato* compuesto de Antonio, Octavio y Lépido, que cada triunviro gozaria de una autoridad absoluta, y poseeria una jurisdiccion ilimitada durante cinco años. Se distribuyeron las provincias, y tomaron medidas para el sosten de la nueva constitucion.

§ II. Segundo triunvirato hasta la muerte de Bruto (43-42).

Proscripciones. Los segundos triunviros, persuadidos de que César había caído solamente por un exceso de clemencia, renovaron las proscripciones de Sila contra sus enemigos. El primer edicto contenía estas terribles palabras: *Que nadie oculte ni haga evadir á un proscrito: el que lo haga será desterrado. Que se nos traigan sus cabezas: el hombre libre recibirá por recompensa veinte y cinco mil sextercios, el esclavo diez mil con la libertad y el derecho de ciudadanía en lugar de su dueño.* Varias bandas de asesinos se diseminaron por Roma para ejecutar las órdenes feroces de los triunviros. Trescientos senadores y dos mil caballeros fueron asesinados. Los autores de estas terribles proscripciones se habían hecho mutuamente el sacrificio de sus parientes y amigos. Lépido inmoló su propio hermano. Octavio concedió la cabeza de Ciceron á Antonio, y este le entregó su tío L. César.

La riqueza, como en tiempo de Sila, fue un motivo de condenación. Los soldados descontentos de las recompensas que habían recibido, ocuparon las casas y los bienes de los proscritos, ó degollaron aun á los ciudadanos ricos cuyos nombres no estaban inscritos en las fatales listas. Se veía á los dueños echarse á los piés de sus esclavos para implorar su conmiseración. Hubo algunos que se dejaron enternecer, y llevaron el afecto hasta el caso de sacrificarse por ellos. Un niño iba á la escuela con su preceptor. Era proscrito; los soldados le prenden, el preceptor se hace matar defendiéndole. Los esclavos de Mecenio y de Apio se ponen en la cama de sus señores, y se dejan degollar en su lugar. Opio lleva á su anciano padre sobre sus hombros y le embarca para la Sicilia.

Desgraciadamente los ejemplos contrarios fueron mucho mas numerosos. Un pretor se ve perseguido por su propio hijo, que le ha denunciado á Antonio, y le señala á los puñales de los asesinos. Un jóven revestido de la pretexto se tras-

ladaba al templo. Anuncian que es proscrito y al momento todos le abandonan. Huye, va á refugiarse á la casa de su madre y esta le dió con la puerta en la cara. Seria nunca acabar, si la historia consignase todos los horrores que mancharon aquellos tiempos tan fecundos en crímenes.

Muerte de Ciceron. Ciceron, cuyo nombre había sido escrito en las primeras listas de proscripción, huyó. Hubiera podido juntarse con Bruto y Casio; pero despues de haberse embarcado, fuese por turbación ó por perplejidad, descendió á tierra en Circeis diciendo: *Quiero morir en esta patria que tantas veces he salvado.* Fue alcanzado por el tribuno militar Popilio Lenas, á quien en otro tiempo había defendido en una acusación de parricidio. Sus esclavos querían defenderle, mas les dijo: *No, que no haya mas sangre derramada que la que piden los dioses.* Y avanzó su cabeza fuera de la litera: *Aproxímate, veterano,* gritó á Popilio, *y muestra cómo sabes herir.* Su cabeza fue presentada á Antonio mientras que comía. El cruel triunviro manifestó una alegría feroz al considerarla, y envió este trofeo sangriento á Fulvia, su esposa. Esta cruel mujer se divirtió en horadarle la lengua con un alfiler de oro que tenía en los cabellos. Algunos dias antes hizo matar á un ciudadano que no había querido venderle su casa, y mandó clavar su cabeza sobre la puerta de la misma casa, á fin de que nadie ignorase el motivo de su venganza.

Guerra contra Bruto y Casio. Los triunviros, despues de haberse hartado así de sangre y oro, pensaron en libertarse de Casio y de Bruto, gefes del partido republicano. Los asesinos de César, retirados á Asia, asolaban todas estas provincias por medio de exacciones y crueldades casi tan escandalosas como las de los triunviros en Italia. Casio arruinaba con impuestos á los Lidios, á la república de Rodas y al rey de Capadocia. A los Rodios que invocaban su título de aliados del pueblo romano, y pedían que al menos se les dejase las estatuas de sus dioses: *No os dejaré,* les dijo, *mas que el sol.* Robaba los templos en Laodicea, y se cargaba de botín multiplicando las injusticias y profanaciones. Bruto, aunque mas moderado, imponía una contribución de ciento cincuenta

talentos á los Xantios, despues de apoderarse de su ciudad á sangre y fuego. Todos estos excesos no eran los mas á propósito para hacer desear á las provincias el triunfo de la república.

Bruto lo conocia, y al volver á Europa estaba lleno de los mas tristes presentimientos. Una noche que velaba en su cuarto, un feo espectro, de figura terrible, se presenta á él. *¿Quién eres?* le dijo Bruto. — *Soy tu mal genio*, respondió la fantasma, *me volverás á ver en las llanuras de Filipos*. Y la vision desapareció.

Batalla de Filipos. Muerte de Casio y de Bruto. En efecto, en Filipos fue donde el ejército republicano encontró al de los triunviros. Bruto y Casio se habian situado sobre dos colinas á tres millas de distancia. Antonio habia de atacar á Casio, y Octavio á Bruto. Los republicanos podian sitiarse por hambre á los triunviros en su campo y vencerles sin combatir. Estaban en la misma posicion que Pompeyo antes de la batalla de Farsalia, y cometieron la misma falta. En lugar de dejar al enemigo consumirse por sí mismo, se batieron bruscamente, y esta precipitacion causó su pérdida. El cruel Octavio, que se habia complacido en derramar la sangre de sus conciudadanos durante las proscripciones, tembló en presencia del enemigo, y fingió estar enfermo el día de la batalla. Su ejército fue vencido entre tanto que Antonio triunfaba de Casio. Este último, creyéndose perdido, se hizo pasar con su espada por uno de sus libertos.

Esta noticia consternó á Bruto y desanimó á sus tropas. Antonio consiguió atraerle á un nuevo combate, en el que le derrotó enteramente. Entonces le faltó la fuerza como á Casio, y se precipitó sobre la punta de su espada exclamando: *Virtud, no eres mas que una palabra*. La república espiró con él.

Los vencedores deshonraron su victoria con venganzas monstruosas. El cobarde y cruel Octavio respondió á un condenado que le pedia los honores de la sepultura: *Los buitres se encargarán de dártela*. Un padre y un hijo le pidieron indulto. Prometió la vida al hijo, bajo la condicion de que

mataria á su padre, y despues le obligó á degollarse á sí mismo.

§ III. Desde la muerte de Bruto hasta la deposicion de Lépido (42-36).

Excesos de Antonio en el Oriente. Despues de la batalla de Filipos los vencedores se repartieron el imperio. Octavio tomó la España y la Numidia, Antonio la Gália transalpina y el Africa. Dejaron á Lépido en Roma en su indolente oscuridad. Era necesario recompensar á los soldados. Octavio se encargó de desposeer á los habitantes de Italia para darles tierras, Antonio fué á Asia para cobrar el dinero que se le debia. Habiendo sido arruinados los templos y tesoros de las ciudades en las últimas guerras, fue preciso servirse de los bienes de los particulares, sin que en ello padeciese la delicadeza de Antonio. Cuando se quejaban á él, respondia que los Asiáticos debian tenerse por muy dichosos porque no les quitaba, como á los Italianos, sus tierras y casas. Pero lo que mas irritaba era que el fruto de todas estas rapiñas solo servia para los excesos del tirano que las obtenia por fuerza. Se le habia visto, despreciando todo pudor, entrar en Efeso, precedido de mujeres vestidas como las bacantes y de jóvenes vestidos como Panes y Sátiros. Se daba á sí propio el nombre de Baco, y renovaba todos los excesos voluptuosos que la fábula atribuye á este dios monstruoso. La reina de Egipto Cleopatra, que habia dado socorros á Casio, vino á Tarso para apaciguar su cólera. Subió por el Cidno en un navío cuya popa era de oro, las velas de púrpura y sus remos de plata obedecian á compas al sonido de las flautas y de los instrumentos. Los habitantes exclamaron viéndola: *Es Venus que viene á casa de Baco*. Antonio se dejó seducir por los encantos de la princesa, y comenzaron juntos aquellos festines, cacerías y diversiones que Plutarco llama una vida inimitable.

Oposicion de Fulvia contra Octavio en Italia. El rumor de todos estos escándalos llegó en Roma á oídos de Fulvia, esposa de Antonio. Se puso furiosa, y para arrancar á su ma-

ruido de las pérfidas seducciones de Cleopatra, resolvió combatir á Octavio y encender en el seno de la Italia una guerra civil. No era cosa difícil. Octavio, encargado de pagar á los veteranos y de desposeer á los ciudadanos, habia hecho muchos descontentos. Los soldados murmuraban porque no les daba bastante, y los ciudadanos se quejaban por haber sido arrojados de sus tierras. Fulvia irritó todas estas pasiones y cóleras. Prometió proteccion á los Italianos privados de sus bienes y se puso á la cabeza de las legiones, pasándolas ella misma revista con la espada ceñida. Octavio, para salir de tan crítica situacion, convocó á los veteranos en el Capitolio, y les propuso fuesen los árbitros entre él y Fulvia. Era en Gabies donde se habia de pronunciar esta singular sentencia, y César se rindió humildemente delante de sus soldados para recibirla; pero Fulvia y Lucio, hermano de Antonio, se burlaron de aquel senado burlesco.

Guerra de Perusa (41-40). Entonces comenzó la guerra. Lucio se apoderó de Roma, aduló al pueblo, como antes Octavio habia adulado al ejército, y recibió el título de *imperator*. Pero Agripa, teniente de Octavio, le echó de Roma y le obligó á refugiarse en Perusa. Una hambre espantosa diezmo sus tropas y le obligó á rendirse. Octavio perdonó al hermano de Antonio y á sus soldados, pero la ciudad fue entregada á las llamas y los habitantes degollados. No habiendo podido el ruido de esta guerra arrancar á Antonio de sus placeres, Fulvia, indignada, resolvió ir ella misma á aguijonear su pereza. Tuvieron una entrevista en Atenas, en donde se hicieron mútuas y amargas reconvenções. Antonio se quejó de los tumultos que Fulvia habia provocado en Italia, y Fulvia vituperó con severidad la infame conducta de Antonio en Oriente. El triunviro, ofendido, la dejó sola en Sicione, donde murió poco despues de vergüenza y de pena.

Tratados de Brindes y de Misena (39). Cuando Antonio desembarcó en Italia, su intencion era batir á Octavio; pero sus soldados rehusaron el combate y le obligaron á reconciliarse con su rival. La paz fue jurada en Brindes; y para consolidarla, Antonio, que acababa de perder á Fulvia, se

casó con la hermana del jóven César, la virtuosa Octavia. Los dos triunviros volvieron á entrar juntos en Roma, pero las fiestas fueron tristes. Sexto Pompeyo era dueño del mar, las provisiones no habian podido llegar de Cerdeña ni de Sicilia, el pueblo-rey no tenia pan y hubo algunos tumultos. Los triunviros no pudieron apaciguarlos sino comprometiéndose á tratar con Sexto. Se avistaron con él en el cabo de Misena, y convinieron en que Sexto tendria las provincias de Sicilia, Córcega, Cerdeña y la Acaya con una indemnizacion de diez y siete millones quinientos mil dracmas; que se devolveria á los proscritos la cuarta parte de sus bienes; que Sexto enviaria trigo á Italia, y que en adelante no recibiria á los fugitivos. Los tres gefes se abrazaron y cenaron juntos en la cala de una embarcacion de Sexto. En medio del festin, Menas vino á decir al oido á su amo Sexto: *¿Quereis que corte los cables, y os hago dueño de todo el imperio?* — *Era preciso hacerlo sin prevenirme,* replico Sexto, *Pompeyo no puede faltar á sus juramentos.*

Batalla de Nauloca. Fuga y muerte de Pompeyo (36). Los triunviros no se mostraron tan fieles á su palabra. Antonio negó la Acaya á Pompeyo, y las hostilidades principiaron de nuevo por una y otra parte (38). Octavio, encargado de esta guerra, experimentó al principio grandes reveses. Su flota fue casi enteramente destruida por el enemigo y las borrascas. Pompeyo, arrogante por sus triunfos, se mostraba en Siracusa con un tridente en la mano y cubierto con una capa de color azul. Se decia hijo de Neptuno, y hacia creer que mandaba en los vientos y en el mar. Pero Agripa, teniente de Octavio, acudió desde el interior de la Gália con toda precipitacion, y no tardó en burlarse de sus supersticiosas pretensiones. Todos los desastres de Octavio fueron reparados en poco tiempo bajo las órdenes de este gefe activo y vigilante, y sus escuadras pudieron volver á tomar la ofensiva. Se empenó una batalla general entre Milet y Nauloca. La accion fue muy sangrienta, pero el genio de Agripa triunfó de los recursos de Sexto. Este se fué á Oriente donde Antonio le dejó degollar (35).

Deposicion de Lépido. Lépido, que contribuyó á la victoria de Octavio y se veía á la cabeza de un numeroso ejército, pretendió salir de la posicion humillante que le habian hecho despues del establecimiento del triunvirato. Quería añadir la Sicilia á su gobierno de Africa. Octavio le echó en cara con dureza su lentitud, y le acusó de haber tenido relaciones con Sexto, y de haber vendido los intereses del triunvirato. Al mismo tiempo que se le dirigian estas amargas palabras, el jóven César sobornaba sus tropas. Lépido, abandonado de sus legiones, se echó cobardemente á los piés del que en otro tiempo era su rival, y le pidió la vida y su perdon. Octavio le concedió ambas cosas, mas de todas sus dignidades solo le dejó la de pontífice, que era inamovible. Lépido era un hombre tan falto de talento y de virtud que, como dice Montesquieu, no se siente verle humillado.

§ IV. Lucha de Octavio contra Antonio. Batalla de Accio
(36-31).

Despues de la muerte de Craso, cuando César y Pompeyo se disputaban el poder soberano, la república contaba todavia con generosos defensores. Los Catones y los Brutos estaban prontos á protestar en favor de la libertad. Desde el tiempo de César, la idea monárquica hizo tantos progresos, que despues de la deposicion de Lépido y de la muerte de Sexto, no se trata ya entre Octavio y Antonio sino de saber á cuál de los dos pertenecerá el imperio. La república ha muerto, y Roma espera un dueño.

Conducta de Antonio en Oriente. Antonio, que habia tomado para sí el Oriente, salió de Italia deseoso de hacer en persona la guerra á los Partos. Esta nacion acababa de ser manchada con grandes crímenes. Su rey Fraato se habia apoderado del trono matando á su padre y hermanos. Antonio recibió en su campo á todos los nobles que huyeron de las amenazas del usurpador, é hizo grandes preparativos para vengarles. La impetuosidad de su ataque hizo que toda el Asia atemorizada se acordase del teniente de César. Por

desgracia, en la celeridad de su marcha, cometió la falta de descuidar los bagajes. El enemigo sorprendió sus convoyes, y le obligó á retirarse. En esta retirada desastrosa perdió la mayor parte de su ejército. No obstante dió partes á Roma de haber obtenido algunas victorias. Al año siguiente se resarcíó de sus desgracias por una expedicion en Armenia. Trajo cautivo á Alejandría al rey de esta comarca, Astavardo y se hizo decretar el triunfo.

Los Romanos supieron con pena que Antonio habia entrado en la capital del Egipto para celebrar sus hazañas, como lo hubiera hecho en Roma. Su indignacion llegó á su colmo cuando supieron que habia erigido sobre un tribunal de plata dos tronos de oro, uno para él y otro para Cleopatra; que la habia declarado reina de Egipto, de Chipre, de Africa y de Celesiria, que habia dado el título de *reyes de los reyes* á los hijos que habia tenido de esta princesa, y que habia dado al mayor la investidura de la Armenia y de la Média, y al segundo la de la Fenicia, de la Siria y de la Cilicia. Decíase que Cleopatra la hacia perder el juicio, que preferia Alejandría á Roma, que amontonaba en esta ciudad de Africa todos sus tesoros, y que, si llegaba á ser dueño del imperio, transportaria su capital á Oriente.

Conducta de Octavio en Occidente. Octavio, que esparcía malignamente todos estos rumores, observaba una conducta del todo opuesta. Dejó de ser desdeñoso y cruel, así que la deposicion de Lépido le hizo dueño del Occidente. Deseoso de cautivar el afecto del pueblo, restableció el orden en Roma y en Italia, y afectó una moderacion y una dulzura que recordaban la clemencia é imparcialidad de César. Mientras que Antonio se deshonoraba en Egipto con todas sus locuras, Octavio hacia ejecutar, por consejo de Agripa, una infinidad de obras que le granjeaban los elogios de la multitud. Reparaba los acueductos, decoraba el circo, daba al pueblo fiestas y juegos, y le prodigaba toda clase de liberalidades. Sus legiones no estaban ociosas: obtenian brillantes victorias contra los Ilirios y los Dalmatas, y extendian cada vez mas los límites del imperio.

Guerra entre Antonio y Octavio. Antonio, que parecia tener contra si todas las probabilidades de éxito, fue sin embargo el agresor. Se quejaba de que Octavio se habia apoderado de las provincias de Sexto, sin reservarle nada. Octavio le preguntó si le habia llamado él para darle parte en sus conquistas del Asia, y le echó en cara sus amores con Cleopatra. La guerra se hacia inevitable. Antonio se preparó á ella por medio de banquetes y fiestas. En Samos y en Atenas pasaba los dias con Cleopatra entre danzantes, cómicos y flautistas. En medio de sus orgías envió un acto de divorcio á su esposa la virtuosa Octavia.

El jóven César sacaba partido de todas las faltas de su rival. Hablaba de la indignidad de su conducta para con Octavia, con el objeto de exasperar al pueblo contra él, y se aprovechaba de su lentitud para hacer sus preparativos. En fin, cuando reunió sus flotas y legiones, hizo declarar la guerra á Cleopatra por el senado, con el objeto de no envolver en la proscripcion á todos los Romanos que servian á las órdenes de Antonio.

Batalla de Accio (2 de setiembre 31). Luego que los dos ejércitos estuvieron frente á frente, Antonio propuso primero á su rival un combate singular; despues queria ir á las llanuras de Farsalia para que conociésen en aquellos lugares, testigos del valor de César, al digno heredero de este grande hombre. Pero habiendo tenido Cleopatra el capricho de presenciar una batalla naval, Antonio no pudo resistirle. El 2 de setiembre, aprovechando la escuadra de un viento ligero que se levantó del mar para desordenar su ala izquierda, comenzó el ataque. Despues de grandes esfuerzos de una y otra parte, el combate era todavía dudoso y la victoria incierta, cuando los sesenta navios de Cleopatra desplegaron sus velas y huyeron al través de las galeras que peleaban. Desde que Antonio se apercebió de ello, perdió la cabeza y huyó tambien abandonando cobardemente á los que morian por él. Su escuadra se defendió todavía mucho tiempo delante de Accio, pero al fin se vió obligada á ceder. Canidio, que mandaba el ejército de tierra, viendo perdido á Antonio, se basó al

campo de Octavio. Viéndose los soldados desamparados y vendidos, se pusieron tambien de parte del vencedor.

Muerte de Antonio. Al saber Antonio estas tristes noticias, queria suicidarse. Habiéndoselo impedido sus amigos, se hizo conducir á Alejandría, donde encontró á Cleopatra. Desesperado se encerró en una torre que dominaba el faro de Alejandría, y pareció decidido á vivir en ella como el filósofo Timon que la habia habitado en otro tiempo. Pero muy pronto se cansó de esta filosofía misantrópica. Abandonó aquel sombrío asilo, volvió al palacio de Cleopatra, y principió de nuevo esa *vida inimitable* que se pasaba enteramente en festines y excesos. Hizo con sus amigos y los de Cleopatra una asociacion, cuya primera ley era de morir juntos, despues de haberse proporcionado unos á otros toda clase de placeres.

Cuando César Octavio se presentó en las puertas de Alejandría, Antonio le pidió permiso para retirarse á Atenas, con el fin de vivir allí como simple particular. Cleopatra, mas ambiciosa, deseaba la corona de Egipto para sus hijos. El vencedor de Accio dejó entrever á esta reina pérfida que le daria todavía mas si ella le libraba de Antonio. Acaso la que habia visto á sus piés á César y Antonio, esperó ver postrado tambien á Octavio, el nuevo señor del mundo; hizo pues traicion á Antonio, y este, mas sensible á tal afrenta que á su derrota, se atravesó con su propia espada. Cleopatra no le sobrevivió mucho tiempo. Despues de haber intentado en vano seducir á Octavio, se hizo picar, segun dicen, por un áspid, y murió de sus resúltas (1). El Egipto fue reducido á provincia romana, y Octavio reinó bajo el nombre de Augusto sobre todo el imperio.

(1) Véase mi *Historia antigua*.